

CAPÍTULO I

LA CUESTIÓN SOCIAL Y EL SURGIMIENTO DEL SOCIALCRISTIANISMO EN CHILE

Partido Conservador, Iglesia y sociedad en Chile a fines del siglo XIX y comienzos del XX

El Partido Conservador fue, desde la división del antiguo peluconismo a mediados del siglo XIX, el brazo político de la Iglesia católica chilena⁶⁵. Esta estrecha relación se mantuvo a pesar de la separación constitucional entre la Iglesia y el Estado en 1925, y perduró, con altos y bajos, hasta fines de la década de 1950. La ruptura se hizo evidente solo desde la década de 1960 y fue provocada por un desplazamiento en las posiciones políticas al interior de la Iglesia y del laicado, en un claro acercamiento –al menos de parte de la jerarquía eclesiástica– a la Democracia Cristiana. Una de las paradojas de

65 Para revisar la estrecha relación que se forjó entre la Iglesia y los políticos conservadores o “pelucones” existe abundante bibliografía: Fidel Araneda Bravo, *El arzobispo Errázuriz y la evolución política y social de Chile*, Santiago, Editorial Jurídica de Chile, 1956; Araneda Bravo, *Historia*; Araneda Bravo, *Oscar Larson*; Fernando Aliaga, *La Iglesia en Chile: contexto histórico*, Santiago, 1989; Stephen J. C. Andes, *The Vatican and Catholic Activism in Mexico and Chile. The Politics of Transnational Catholicism 1920-1940*, Oxford, 2014; Marciano Barrios, *La espiritualidad chilena en tiempos de Sor Teresa de los Andes*, Santiago, 1994; Barrios, *Chile y su Iglesia*; Covarrubias, *op. cit.*; Huerta y Pacheco, *op. cit.*; Krebs, *op. cit.*; Landsberger, *op. cit.*; Pereira, *op. cit.*; Serrano, *op. cit.*; Paul E. Sigmund, “Revolution, Counterrevolution and the Catholic Church in Chile”, *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 483, Pennsylvania, January 1983, pp. 25-35; Smith, *The Church*; Stuvén, *La seducción*; J. Samuel Valenzuela y Erika Maza Valenzuela, “The Politics of Religion in a Catholic Country: Republican Democracy, Cristianismo Social and the Conservative Party in Chile, 1850-1925”, en Ivereigh, *op. cit.*, pp. 188-233. Para la tesis del consenso católico decimonónico, ver Vial, *op. cit.*, Vol. 1.

este desplazamiento está en que los fundadores de la Falange defendieron a comienzos de los años 30, posiciones contrarias a la militancia política partidista, mientras que los católicos conservadores sostenían la necesidad de que los laicos actuaran en la esfera política con miras a defender los valores católicos en el espacio público. Con el pasar de los años, estas actitudes se revirtieron: los miembros de la Falange se apropiaron de la esfera política católica y los conservadores la abandonaron progresivamente, abocándose a la práctica de un catolicismo más bien privado.

¿Qué implicaba esta relación entre conservadurismo e Iglesia? El vínculo entre el Partido y la jerarquía se basaba no solo en que ambos compartían ciertos intereses en común –como la libertad de expresión para la prensa católica, la libertad de educación y la defensa de la religión en el espacio público–, sino, ante todo, en que compartían un objetivo común: impedir que la secularización, entendida como el repliegue de la religión en la vida pública⁶⁶, sacara a la Iglesia del espacio público. Este binomio no debe entenderse en términos de una alianza o de una sociedad⁶⁷, sino más bien como entidades separadas que luchaban con un mismo objetivo, y bajo una misma bandera⁶⁸.

Debemos tener presente que el catolicismo fue un elemento de unidad nacional durante gran parte de nuestra historia republicana⁶⁹. Aunque muchos chilenos habían abandonado la fe a lo largo del siglo XIX –sobre todo la “generación de 1825”, marcada por el influjo del liberalismo (nos referimos a los Matta, los Amunátegui, a Barros Arana, entre otros)–, la sociedad chilena,

66 Charles Taylor, *La era secular*, Barcelona, Gedisa, 2015, tomo II, p. 198.

67 Sol Serrano ha mostrado que en la segunda mitad del siglo XIX hubo marcados momentos en que la Iglesia y el Partido caminaron por sendas diferentes. En Serrano, *op. cit.*, p. 93. Sin embargo, Stephen Andes cree que existió una “alianza táctica” entre la Iglesia y el Partido durante el arzobispado de Monseñor Rafael Valentín Valdivieso (1847-1878): “un sistema implícito e informal de apoyo” entre ambos, que se desarrolló en forma orgánica a lo largo del tiempo, y que tenía como objetivo detener la secularización, especialmente frente a las reformas educacionales introducidas por el Estado chileno, a fines del siglo XIX y comienzos del XX. En Andes, *op. cit.*, p. 33.

68 Cfr. George Grayson, *El Partido Demócrata Cristiano Chileno*, Santiago-Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1968; Valenzuela y Maza, *op. cit.*; Sofía Correa, *Con las riendas del poder. La derecha chilena en el siglo XX*, Santiago, Editorial Sudamericana, 2004; Pereira, *op. cit.*, Serrano, *op. cit.*; Timothy Scully, *Rethinking the Center. Party Politics in Nineteenth and Twentieth Century Chile*, Stanford, Stanford University Press, 1992.

69 Sol Serrano, “Espacio público y espacio religioso en Chile republicano”, *Teología y Vida*, 44, 2-3, Santiago, 2003, pp. 346-355.

en su conjunto, seguía adherida a los valores ético-religiosos heredados de poco menos de tres siglos de dominio hispánico⁷⁰. Si bien esa “generación incrédula” afectó ostensiblemente la sólida religiosidad chilena, no fue capaz de reemplazar la *imago mundi* católica, por lo que el catolicismo continuó ejerciendo una influencia considerable en la sociedad, especialmente en los grupos dirigentes.

La élite chilena⁷¹ se legitimaba también a través de la posesión de la tierra, por eso debemos establecer desde ya una ligazón importante entre los militantes del Partido Conservador⁷², los católicos y la clase terrateniente⁷³. Fue en este contexto que perduró gran parte del ideario conservador, y también del influjo de la Iglesia católica. Las memorias de Rafael Agustín Gumucio –hijo de un destacado dirigente conservador de comienzos del siglo XX, Rafael Luis–, son elocuentes al respecto, ya que enfatizan esta trilogía:

las familias conservadoras mantenían una cierta continuidad con las costumbres de la Colonia, casi me atrevería a sostener que dominaba la mentalidad encomendera. La órbita de la autoridad y control del “jefe de familia” era absoluta, hasta llegar

70 Vial, *Historia de Chile*, Tomo II, p. 38.

71 Entendemos por elite una definición más bien amplia, entregada por Tom B. Bottomore, como “un grupo de personas que ocupan posiciones socialmente elevadas”, que para el caso de Chile, encontramos instaladas en el espacio político, económico y cultural. Citado por Bastián González Bustamante, en su artículo “Un estudio de las élites en Chile. Aproximaciones conceptuales y metodológicas”, *Intersticios Sociales. El Colegio de Jalisco*, N°6, México, septiembre de 2013. Los historiadores Gabriel Salazar y Julio Pinto hacen un profundo análisis historiográfico sobre la trayectoria del grupo dirigente en Chile, y definen a la élite como “una oligarquía con rasgos burgueses y mercantiles, por una parte, con un pasado latifundista y terrateniente al que no quería renunciar, por otra, y en suma con un modo de ser algo paradójico, que oscilaba entre los valores burgueses del trabajo, la sobriedad y los buenos negocios, y una tendencia o debilidad por los modos de ser aristocráticos, ostentadores y europeizantes”. En Pinto y Salazar, *op. cit.*, p. 38. Una interesante y completa discusión bibliográfica sobre los conceptos de élite, oligarquía y clase dirigente se encuentra en la Introducción del texto de María Rosaria Stabili, *El sentimiento aristocrático. Elites chilenas frente al espejo (1860-1960)*, Santiago, Editorial Andrés Bello-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1996, pp. 22-33. Rafael Sagredo Baeza, “Elites chilenas del siglo XIX. Historiografía”, *Cuadernos de Historia*, N°5, Santiago, 1996, p. 16.

72 El Partido Conservador chileno no tiene una fecha exacta de fundación, sino que fue más bien una reacción a los círculos anticlericales y liberales que se expandieron en el país en la década de 1840. Ya en esa década el nombre “conservador” se usaba para referirse ocasionalmente a los “pelucones”.

73 Arnold Bauer, *La sociedad rural chilena. Desde la Conquista española a nuestros días*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1994; Brian Loveman, *Struggle in de countryside: politics and rural labor in Chile, 1919-1973*, Indiana, Indiana University Press, 1976; Stabili, *op. cit.*

al control político. También, en parte, influía en la mentalidad de las familias conservadoras el ruralismo (...) La adhesión a la Iglesia era sin reserva de ninguna especie y desde las luchas teológicas del siglo XIX, ya se había producido la simbiosis conocida Partido Conservador-Iglesia⁷⁴.

El indiscutible influjo del catolicismo en Chile trascendió el ámbito privado y de las creencias para asentarse en el ámbito de lo público. El “clericalismo”, definido por Gonzalo Vial como “la directa intervención eclesiástica en la política contingente”⁷⁵, fue bastante cotidiano y afectó muchas veces la relación entre los católicos y la esfera civil. Este será un motivo de conflicto también en nuestra época en estudio. Las razones de esta intervención por parte de la Iglesia se justificaban por la institución del Patronato, reivindicada por los gobiernos republicanos desde los tiempos de la Independencia⁷⁶. El Patronato, que incomodaba profundamente a la Iglesia, fue motivo de varias tensiones en la segunda mitad del siglo XIX ya que contribuyó muchísimo a las “guerras religiosas”, durante las cuales la Iglesia intentó desesperadamente mantener su independencia del poder civil. Pero, como se ha dicho, la Iglesia no se limitó solo a defender esa autonomía, sino que pasó ella misma a participar en la arena política.

Si el clericalismo supuso que la Iglesia dispusiera de un partido, el beneficio fue también para el Partido Conservador, que a partir del último tercio del siglo XIX se arrogó la representatividad política de todos los católicos del país. Sin duda que este clericalismo podía tener efectos perniciosos para la religiosidad, pero, desde la perspectiva política, era una excelente estrategia: ambos se apoyaban mutuamente para enfrentar la oleada secularizadora⁷⁷.

74 Rafael A. Gumucio, *Apuntes de medio siglo*, Santiago, Ediciones Chile-América CESOC, 1984, p. 23.

75 Vial, *Historia de Chile*, Tomo II, p. 43.

76 Dicha institución, implicaba la intervención estatal en el nombramiento de obispos y canónigos; el otorgamiento del exequátur o “pase” para las normas eclesiásticas que pretendieran regir en territorio chileno; y el “recurso de fuerza”, o la posibilidad de que las resoluciones de un tribunal canónico fueran presentadas a un tribunal civil si así lo quisiera el afectado. Para mayores referencias ver, Jorge Enrique Precht Bañados, *Derecho Eclesiástico del Estado de Chile. Análisis históricos y doctrinales*, Santiago, Ediciones Universidad Católica, 2001.

77 Araneda, *El arzobispo*; Vial, *Historia de Chile*, pp. 51-56; Valenzuela y Maza, *op. cit.*, p. 190. La tesis de estos autores consiste en señalar que el Partido Conservador se abocó a la defensa de los valores católicos, pero que nunca fue un partido de la Iglesia católica. Es más, sus dirigentes intentaron siempre mantener la independencia respecto de las autoridades eclesiásticas.

En esta lucha contra la secularización, los católicos organizaron una serie de instituciones que se vincularon estrechamente entre sí, con el Partido y con la Iglesia. Como medios de propaganda se fundó en 1843, la *Revista Católica* y luego en 1874 el periódico *El Estandarte Católico*. Este último fue fundado por el arzobispo Valdivieso y dirigido por Monseñor Crescente Errázuriz, por lo cual estuvo sometido directamente a la autoridad eclesiástica. La Universidad Católica, creada en 1888, intentó competir en el terreno de la enseñanza superior con la Universidad de Chile, bastión de los liberales. Además, se cuenta la Unión Católica, fundada por el dirigente católico Abdón Cifuentes, para contrarrestar la política laicizante del Presidente Santa María. Circuló también con bastante fuerza el diario *El Independiente*, que no dependía directamente de la Iglesia, pero era regentado por los conservadores y cuya filiación era, sin duda, pro católica. A fin de dar el necesario sustento económico al grupo católico, el Banco de Santiago fue el lugar de los dineros. Por último, existieron una serie de instituciones de beneficencia en las que participaron clérigos y laicos, las que sirvieron como baluarte del catolicismo.

A partir de la década de 1880, representantes tanto de la Jerarquía como de las parroquias rurales, descendieron a la arena política, proclamando desde sus púlpitos todo tipo de maldiciones contra los candidatos liberales, contra la oleada socialista y anarquista, y contra cualquier política laicizante. En tiempos del arzobispo Mariano Casanova (1886-1908), como estrategia para minimizar la división electoral católica, los obispos dieron instrucciones a sus párrocos de hacer propaganda política en favor de los candidatos del Partido Conservador⁷⁸. Muchos curas se convirtieron en verdaderos caciques políticos y en varias localidades las luchas religiosas se confundieron con la política, llegando a protagonizar incluso episodios violentos. Los liberales, a su vez, acusaban a los católicos de haber desarrollado una política que podríamos llamar de “gueto” y no dejaban, en muchos casos, de tener razón. Las disputas religiosas, fueron disminuyendo en los últimos años hasta culminar en una debatida pero pacífica separación entre la Iglesia y el Estado en 1925, que acabó siendo conveniente para ambas partes. A pesar de que se vivieron

78 Andes, *op. cit.*, p. 33.

momentos muy difíciles, al final de cuentas los conflictos religiosos cedieron ante el tan valorado *statu quo*⁷⁹.

Paralelamente, surgía un nuevo foco de tensiones y de conflictos: la compleja “cuestión social”. Las reacciones ante el nuevo fenómeno cobraron variadas formas y ciertamente, no dejó indiferentes a los católicos. Este será el nuevo escenario sobre el cual estudiaremos la relación entre los católicos y el espacio público, resaltando los quiebres producidos por la incorporación de un nuevo lenguaje y de nuevos conceptos políticos, que actuaron como material combustible al interior de un mundo católico cuya cohesión, al parecer, no era tan sólida como se pensaba.

La Cuestión Social en Chile y la reacción católica

En las últimas décadas del siglo XIX, hombres y mujeres chilenos se volcaron hacia las ciudades buscando mejores estándares de vida. Pero éstas no estaban preparadas para la numerosa inmigración de campesinos, los que debieron establecerse en los hacinados y poco salubres “conventillos”. Las condiciones en que tanto los campamentos del Norte salitrero como las ciudades recibieron a sus nuevos huéspedes fueron extremadamente duras y precarias. Se sumó a este panorama la realidad laboral existente en Chile, que era muy atrasada e insuficiente, incluso comparada con el resto de América Latina. Un miembro del Partido Conservador declaró en 1912, haber visitado muchos países estudiando la situación de los obreros, para llegar a la conclusión de que en Chile era donde estaban peor: “En Argentina el trabajador tenía un hogar mejor, comía mejor y se vestía mejor”⁸⁰. La política salarial era quizás el peor reflejo de esta situación. Por ejemplo, en el Norte minero los sueldos se pagaban en fichas o en especies y no en dinero; además, esas fichas solo eran canjeables en las respectivas pulperías de las salitreras, lo cual no solo generaba una situación de intolerable abuso, sino que también impedía que los trabajadores pudieran ahorrar. Los horarios de trabajo tampoco estaban regulados, y el total de horas diarias trabajadas podía ser doce o incluso

79 Andrea Botto, “La separación Iglesia-Estado desde la perspectiva del catolicismo chileno (1923-1925)”, en Stüven, *La religión*.

80 Citado en Morris, *Las élites, los intelectuales y el consenso*, p. 85.

catorce. Tampoco estaban regulados el trabajo infantil ni el femenino, en los cuales se daban incontables abusos.

A pesar de que la cuestión social era cada vez más visible, fueron muy pocos los que reaccionaron para mejorar las pésimas condiciones de vida de la clase obrera⁸¹. Solo algunas voces aisladas comenzaron a denunciar públicamente los problemas de los más pobres; entre éstas, la de la Iglesia y la de algunos miembros del Partido Conservador.

En Chile, tanto la Iglesia como los laicos católicos tenían una larga trayectoria de obras sociales, la que se acrecentó notablemente en la segunda mitad del siglo XIX⁸². Puede acusarse de que la ciudadanía en general reaccionó tarde frente a la Cuestión Social, pero hay que matizar esa afirmación respecto a los católicos y sobre todo a las mujeres, muy pro activas en el mundo de la caridad asistencial⁸³. La historiografía, como ha señalado Juan Carlos Yáñez, no había valorado lo suficiente la preocupación de la élite por la Cuestión Social, la cual no solo asumió su existencia, sino que incluso buscó fórmulas de solución⁸⁴. Pero esas fórmulas actuaron como un factor desestructurante al interior de la misma:

A partir de esta realidad, la actitud de la elite no sería homogénea en el tratamiento de la “cuestión social”, y marcaría una ruptura definitiva entre un sector de la elite decidido a enfrentarla, con un claro propósito de mantener el orden social que consideraba como legítimo, vía reforma político-legislativa, y otro que, sin negarla, en el fondo no la hacía explícita en un reconocimiento discursivo, buscando, por tanto, fórmulas no integradoras⁸⁵.

81 Sobre los intentos de incorporación de los sectores populares al espacio público republicano, ver James Wood, *The Society of Equality. Popular Republicanism and Democracy in Santiago de Chile, 1818-1851*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2011.

82 Serrano, *Espacio público*, pp. 350-351.

83 Fernando Aliaga Rojas, “Aporte pastoral de la mujer en el siglo XIX”, *Anuario de Historia de la Iglesia en Chile*, N°13, Santiago, 1995, pp. 67-78; Barrios, *La espiritualidad*; También Iñiguez, *op. cit.*, p. 12.

84 Juan Carlos Yáñez Andrade, *Estado, consenso y crisis social. El espacio público en Chile, 1900-1920*, Santiago, DIBAM, 2003, p. 40.

85 *Op. cit.*, p. 46. Luis Alberto Romero hace notar que una de las principales preocupaciones de la élite chilena respecto de la Cuestión Social decía relación con la posibilidad del surgimiento de grupos socialista que podrían amenazar el orden social tal como se había mantenido desde tiempos coloniales: un orden jerárquico organizado en forma paternalista.

Concordando con la proposición de Yáñez, queremos plantear que la reacción católica ante la Cuestión Social actuó como un factor desintegrador del catolicismo. Para ello se hace necesario revisar quienes eran estos católicos chilenos dispuestos a formular propuestas; y cuál era su relación con el pensamiento social católico que se estaba desarrollando en paralelo, fundamentalmente en Europa. A partir de la década de 1860 se hizo evidente la actuación de clérigos y laicos europeos en el campo social, los que tendrán gran influencia en Chile. Autores como Emmanuel von Ketteler y Adolph Kolping en Alemania, Mermillod, René de la Tour du Pin, Frederic Le Play en Francia, el Cardenal Henry Edward Manning en Inglaterra, entre otros, fueron los primeros en denunciar la nueva miseria como consecuencia de la industrialización. Ellos buscaron nuevas tipologías de obras sociales, en donde no se tuvieran en cuenta solo las cuestiones económicas, sino también el aspecto religioso, moral, laboral y familiar, que eran más urgentes —según pensaban—, que los económicos. Además, ejercieron una profunda influencia en el catolicismo social tanto en Europa como fuera del continente, y se adelantaron a la primera encíclica social de León XIII.

En Chile, Kolping se convirtió en una importante referencia por las asociaciones de artesanos y de obreros católicos que formó en Alemania, y que habían servido de inspiración en Francia a Albert de Mun. El Conde de Mun, seguidor a su vez de las doctrinas de Le Play, tuvo también un importante influjo en los círculos católicos chilenos, especialmente a través de la figura de Francisco de Borja Echeverría, abogado y profesor, quien había estudiado en la Sociedad de Estudios Superiores de Economía Social de La Sorbona en París⁸⁶. El argumento principal del Conde de Mun era que las clases superiores eran las encargadas del orden social y que, debido a su situación privilegiada, tenían una obligación con los sectores más desafortunados. Según sus palabras, “aquellos que están ubicados arriba son responsables por aquéllos bajo ellos; responsables de sus almas, responsables de sus mentes, responsables por sus cuerpos, ya que su superioridad se les había dado a ellos

En Luis Alberto Romero, *¿Qué hacer con los pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile, 1840-1895*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1997, p. 152.

86 Morris, *op. cit.*, p. 123.

solo con ese propósito”⁸⁷. El profesor Echeverría, que enseñaba Economía Social en la Universidad Católica de Chile y se sentía muy atraído por la intelectualidad católica francesa, trajo sus ideas a Chile convirtiéndose así en uno de los principales defensores del catolicismo social.

Abdón Cifuentes, político y dirigente conservador, fue también un entusiasta defensor de las ideas de Albert de Mun y de Le Play; y contó con la colaboración permanente del enérgico presbítero Ramón Ángel Jara en la difusión de sus ideas. Cifuentes creía sinceramente que los Círculos Obreros servirían no solo para re-cristianizar a los trabajadores, sino también como instrumentos de moralidad y de educación para los obreros. En 1869, Cifuentes fundó junto a Zorobabel Rodríguez, la Sociedad de Amigos del País, para defender la religiosidad en Chile y cohesionar al mundo católico. Su nombre original había sido “Sociedad Católica”, pero el Arzobispo de Santiago, Monseñor Rafael Valentín Valdivieso, creyó que ese nombre acarrearía resistencia por asemejarse en demasía a un partido político⁸⁸. El 7 de mayo de 1878 nació la Asociación Católica de Obreros, que puso en marcha el programa de círculos de obreros, y cuya finalidad era la “moralización, instrucción y unión de los obreros católicos”.⁸⁹ En ella se dictaron cursos, se fomentó la lectura de libros y se invirtió en diversos medios de recreación. Cifuentes señala en sus *Memorias* que desde hacía tiempo:

venía trabajando para asociar a los católicos, estrechar sus filas, disciplinar sus fuerzas y adiestrarlos para las luchas de la vida pública.... Pero teníamos como abandonado al pueblo obrero, apenas atendido en las sociedades de piedad. Era urgente llevar nuestra acción y nuestra influencia a esas masas populares, tan poderosas por el número y tan expuestas a la seducción de las malas doctrinas por su falta absoluta de preparación para resistir a ellas⁹⁰.

Sin embargo, la Asociación debió cerrarse en 1879 con motivo de la Guerra del Pacífico. En 1883, gracias a la iniciativa del dirigente conservador Domingo Fernández Concha, se construyó un nuevo edificio para la Asociación Católica

87 Citado en Pilar Hevia, *El Rector de los Milagros. Don Carlos Casanueva Opazo, 1874-1957*, Santiago, Ediciones Universidad Católica, 2004, p. 37.

88 Huerta, *Catolicismo Social*, p. 237.

89 Abdón Cifuentes, *Memorias (1836-1928)*, tomo II, Santiago, Nascimento, 1936, p. 149.

90 *Op. cit.*, pp. 148-149.

de Obreros, que abrió sus puertas al año siguiente con el nombre de Círculo de Santo Domingo. A su vez, se crearon otros círculos en Valparaíso y San Felipe, pues a raíz del conflicto del gobierno del presidente Santa María con la Iglesia, se exhortó a los católicos a fundar este tipo de asociaciones a lo largo del territorio con la intención de proporcionar protección a sus asociados y fomentar entre ellos la piedad religiosa. También en 1883 se fundó la Unión Católica, respondiendo nuevamente al problema del cuestionamiento de la influencia de la Iglesia en el espacio público. Su objetivo era movilizar a todas las fuerzas católicas para impedir la aprobación de las Leyes Laicas, a la vez que intensificar la vida religiosa, formar a los laicos y robustecer las fuerzas espirituales y morales del catolicismo entre la clase obrera. Abdón Cifuentes definía a la Unión como:

Una obra especialmente religiosa que trata de la regeneración moral de nosotros mismos y que si funda escuelas, si fomenta sociedades de piedad y caridad, si crea círculos católicos obreros, si procura formar lazos de unión entre los católicos, entre las obras cristianas, si trabaja por crear y propagar la prensa católica y los libros útiles, es porque todas esas obras se encaminan a reanimar la fe, a moralizar las costumbres, a combatir los errores y los vicios...⁹¹.

Mención especial merece la fundación en 1890 del Patronato de Santa Filomena, obra del profesor Echeverría y del sacerdote Carlos Casanueva, futuro rector de la Universidad Católica. Echeverría había planteado la idea de trasladar a Chile el modelo de los patronatos de aprendices desarrollados en Francia por las Conferencias de San Vicente de Paul. Fue considerado el primer “Patronato de aprendices” de externos del país, y funcionaba en base a un sistema de tutelaje dependiente de asociaciones libres y caritativas, compuestas por todas las clases sociales⁹². La idea era formar a las personas en el medio social en el que habían nacido y en el que desarrollarían su existencia. Se buscaba también organizar el tiempo libre de los obreros –básicamente, los domingos–, para que éstos gozaran de una sana entretenimiento, recibieran la catequesis y la comunión, además de alimentos y otros beneficios. El Patronato sirvió también de inspiración a todo un sistema de beneficencia bastante exitoso desarrollado

91 *Op. cit.*, p. 190.

92 Hevia, *El Rector de los milagros*, p. 38.

por los católicos conservadores hacia fines del siglo XIX, al transformarse en una red de “pequeñas instituciones” que otorgaba atención a prácticamente todas las necesidades de los obreros y cuya eficiencia y solidez le significó el reconocimiento tanto del Estado como de la Iglesia⁹³.

Tanto el clero como el laicado católico fueron lentamente tomando conciencia de que las condiciones estaban cambiando y de que las medidas caritativas tradicionales eran insuficientes. Es importante destacar esta iniciativa social católica como el Patronato, no solo por sus efectos benéficos, sino porque llevó a los católicos a participar en la esfera pública a través de un nuevo discurso que se materializó en la conceptualización de ese tipo de actividades como “catolicismo social”⁹⁴ o “social cristianismo”. Este conjunto de iniciativas no sistematizadas, que se esforzaron en llevar la nueva Doctrina Social de la Iglesia al ámbito práctico, buscaban recuperar el espacio público para el catolicismo⁹⁵. La fuerza secularizadora lo exigía con urgencia; pero también la evidente descatalogización de las clases populares, atraídas o bien, absorbidas, por las nacientes fuerzas de izquierda.

Un nuevo enemigo había aparecido en escena, cuyo lenguaje era mucho más cercano al del pueblo, y que además prometía soluciones más precisas a los problemas sociales: el socialismo. De ahí que el catolicismo debía proponer un nuevo modelo que satisficiera las nuevas demandas sociales frente a las del socialismo. La primera tarea sería desarrollar la conciencia de los cristianos

93 *Op. cit.*, p. 46. También Huerta, *Catolicismo Social*, pp. 256-259.

94 El teólogo Fernando Berríos entiende por Catolicismo Social un fenómeno histórico eclesial que se expresó en una nueva vertiente del Magisterio pontificio, las primeras encíclicas sociales; pero también como un amplio y profundo movimiento acontecido con anterioridad a dichos documentos en grupos católicos que fueron capaces de captar en toda su gravedad la “cuestión social” surgida en la sociedad capitalista industrial europea. En Fernando Berríos, “El Catolicismo Social. Inculturación del Evangelio en Chile”, *Mensaje*, N°564, Santiago, noviembre de 2007, p. 36.

95 La Congregación para la Educación Católica en sus “Orientaciones para el estudio y la enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia, la define como una enseñanza originada del encuentro del mensaje evangélico y de sus exigencias éticas con los problemas que surgen en la vida de la sociedad. Las cuestiones que de este modo se ponen en evidencia llegan a ser materia para la reflexión moral que madura en la Iglesia a través de la búsqueda científica e incluso a través de las experiencias de la comunidad cristiana. Citado en Camacho, *op. cit.*, pp. 32-33. Camacho también destaca que la Doctrina Social nació bajo el pontificado de León XIII, como un modo de enfrentar los aspectos polémicos de la sociedad moderna, particularmente con la interpretación liberal de la economía y de las relaciones sociales. Camacho, *op. cit.*, p. 56.